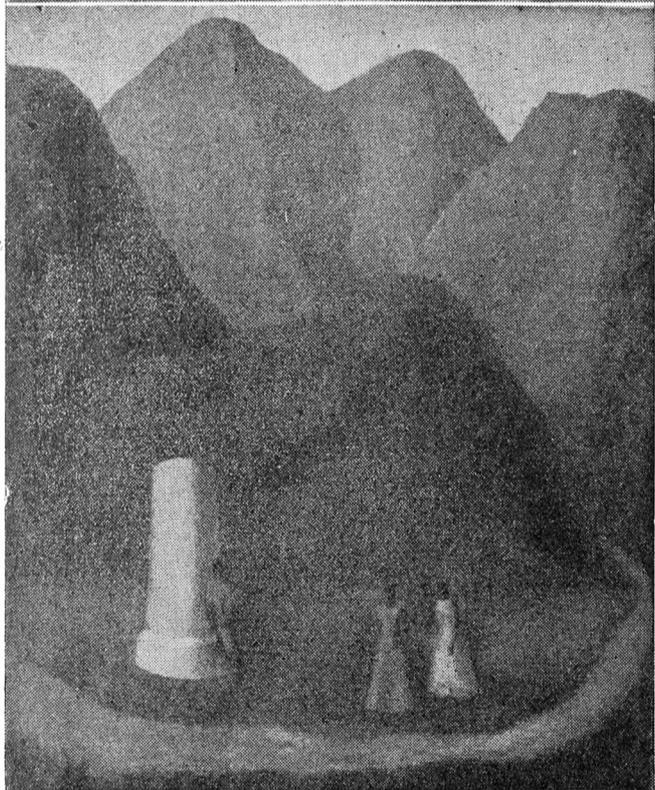




"Tebuana." Gouache

"La Cita." Oleo

"El Títere." Oleo



La pintura
de
CARLOS
COROZCO
ROMERO



"Protesta." Gouache



"El Poeta." Oleo



"Danza." Oleo

Orozco Romero es un artista de entraña absolutamente mexicana. Sus obras tienen un estilo característico en el que forma y contenido reiteran el modo particular como el mexicano viene definiéndose plásticamente y que ha llegado a constituir lo que se llama Escuela Mexicana de Pintura.

El realismo que es la nota culminante de este movimiento nacional, es base del arte de Orozco Romero, haciendo de él una fina, a la vez que sensible recreación de las formas de la realidad objetiva.

Su preocupación humanista es constante, aun en aquella parte de su obra en la que parecen prevalecer las formas puras. Pero es en sus retratos donde es más apreciable este fenómeno valorativo, pues en ellos se supera la simple interpretación externa y documental del rasgo físico. Así, Orozco Romero logra siempre resolver en valores absolutos y permanentes lo que, como la vida, es transitorio en el tiempo.

En su aparente diversidad, la obra de Orozco Romero ha mantenido desde el principio una unidad que la hace un todo coherente, homogéneo y definido. En ella el tipo humano alienta un auténtico dramatismo, sin recurrir a melodramas ni exageraciones. Tal es el caso de su cuadro *Mujeres del Parícutin* en el que la angustia de la tragedia humana se antepone a la fuerza del fenómeno geológico, y no se apela a los juegos de pirotecnia que el volcán ofrecía como elementos plásticos y subjetivos.

En el paisaje, Orozco Romero hace una novedosa interpretación de la geografía de México, armonizando la monumental grandeza geológica captada con una luz peculiar, recreándose en los espacios e imponiendo su fuerte nota personal de voluntad de forma.

Nutrido en las fuentes de nuestro pasado precolombino, Orozco Romero sintetiza con rigor las formas y de tal modo que, al referirse a lo esencial, recurre a semiabstracciones muy semejantes a las del arte de ciertas culturas de la antigüedad mexicana. Muchas de sus obras están impregnadas de la gracia de aquellas creaciones, sin que el artista incurra, por ello, en arqueologismos banales ni deje de imponer siempre su verdadero sentido de lo moderno. Por propio derecho de herencia cultural y por una clara conciencia de su pasado artístico cabalmente

asimilado, podría decirse que Orozco Romero es un tarasco actual.

En efecto: si se observan sus pinturas, se verá en casi todas ellas un espíritu sutilmente manifestado, que nos habla ya de las esculturas antiguas del Occidente del país, que con tanto amor coleccionó y de las que, por apremios económicos, hubo de desprenderse; ya de la bella juguetería popular del antiguo Tlaquepaque; una y otras dejaron su huella en la vitalidad de su expresión artística.

Orozco Romero no es un pintor fácil. Por el contrario, es un artista en el que se advierte el tesón, la angustia por decir debidamente las cosas y expresar las ideas. Pese a su dominio de la técnica, siempre se nota en él una lucha por no traicionarse. En ello estriba la honestidad que caracteriza toda su labor.

No obstante que la obra de Orozco Romero —trabajador infatigable— se halla dispersa por el mundo, principalmente los Estados Unidos, el Instituto Nacional de Bellas Artes ha podido mostrar un magnífico conjunto, en el cual, por fortuna, figuraron muchas de sus producciones sobresalientes. El Museo Nacional de Artes Plásticas cumple, así su tarea de ir dando a conocer, a la vez que la revalora en escala nacional, la labor de todos los artistas que, con su esfuerzo, honradez y pasión, han integrado nuestro movimiento pictórico contemporáneo. Este movimiento es legítimo orgullo de nuestro país porque, al interpretar el espíritu de México, los artistas reciben como reconocimiento de sus valores la demanda de todos los países del mundo, particularmente los europeos que, antes de la cita de Venecia, nos desconocían artísticamente.

En Europa no se concebía que un país americano pudiera producir un arte con grandes valores de actualidad y de futuro, al nivel de la grandeza de las expresiones artísticas de la antigüedad incaica o de la mexicana, que era lo único que hacía volver la mirada hacia nuestro Continente.

Haber contribuido a esta exaltación de México es obra de pintores que, como Orozco Romero, han sabido continuar, con sentido moderno, la gran tradición de los antiguos artistas mexicanos.

FERNANDO GAMBOA